



Hasta el sábado que viene

Texto: A.G.F.



Las pequeñas manos de Manuel sujetaban un globo con la corpulencia de un niño de cuatro años. No quería dejar escapar su más valioso juguete. Acababa de llegar a la popular plaza de Los Jardinitillos con su familia. Eran las siete de la tarde y brillaba una luz improvisada que llevó su mirada a la zona de juegos.

Desde que salió del número 7 de la calle 'Almendros Aguilar', derrochó entusiasmo por disfrutar de su entorno más inmediato. No dudó en asomarse a la plaza de San Juan. Bajó de dos en dos las escaleras y buscó la fuente, esperando que emanara agua. Se decepcionó.

De la mano de su hermano Gonzalo, se adelantó para bajar por la calle 'Los Caños', donde llamó su atención una fachada ruinoso llena de flores. El dueño había convertido viejas botellas de plástico en macetas. En el barrio se comentaba que las diez plantaciones simbolizaban los años que una enfermedad había robado al anciano.

La familia lo interpretó como un guiño a la vida y al cuidado del barrio. Avanzaron y redescubrieron un monumental pilar-abrevadero, zona de refresco para revoltosos gorriones. La fontana del casco antiguo estaba allí. La fuente de Los Caños robó la mirada de todos.

El globo de Manuel bailaba en el aire al compás de sus saltos y carreras por una interminable cuesta, con la que dejó atrás la bella plaza de San Agustín. Recorrer en familia el casco antiguo era una sana costumbre la tarde de los sábados.

Sus padres ocuparon uno de los solicitados bancos de Los Jardinitillos y la sombra del arbolado alivió la lasitud tras el paseo vespertino.

Manuel corría sorteando la fuente y los cuidados jardines de su lugar favorito. Con una interminable sonrisa en su blanco rostro, aceleraba al ver que Gonzalo le perseguía. A sus 9 años, su hermano mayor fingía no alcanzarle para

alargar la jornada de juego. Se divertieron hasta que una rama del árbol más viejo de la plaza quiso robarle el globo al pequeño. Al unísono, clamaron ayuda a su padre.

Una joven que llevaba minutos observándolos, les propuso ayudarlos.

-No os preocupéis, ya lo tengo- confirmó a los niños, que la miraron descaradamente, fijándose en la cámara de fotos que colgaba de su cuello.

A sus treinta años, Sofía era pintora y fotógrafa. Paseaba en busca de emociones que captar con su objetivo y momentos que materializar en sus lienzos. El jaleo de aquella plaza la envolvió. La relación de Manuel con su globo y la energía del juego entre los hermanos la cautivaron.

-Gracias. Has sido muy hábil. Manuel se hubiera bañado en lágrimas si hubiera explotado,- dijo el padre cogiéndolos de la mano.

La madre los esperaba con la pequeña Marta, de apenas meses. Padre e hijos volvían al banco cuando Sofía adelantó su paso. Siguió con ellos y, en menos de diez zancadas, les hizo una propuesta.

-Trabajo como profesora en la Escuela de Arte José Nogué y preparo una exposición sobre la vida del conjunto histórico y cómo interactúan los jienenses con su entorno. Me encantaría que sus hijos fueran los protagonistas de una de las fotografías- dijo.

El matrimonio enmudeció. Con una sonrisa, demostraron el halago.

-Nos gusta que disfruten de esta parte de Jaén. Venimos cada sábado. Hoy no es un buen día, lo siento, pero gracias por la propuesta,- respondió la madre.

Sofía miró a los niños y se despidió con un guiño. Los grandes ojos negros de Manuel intentaron devolverle el gesto y rieron cómplices. Gonzalo levantó su mano para decirle adiós y la unió a la de su hermano para iniciar el camino de vuelta.

-Hasta el sábado que vie-



ne-dijo Sofía.

La joven siguió observando el ambiente de aquella plaza, cuando una llamada telefónica la interrumpió. Su semblante cambió y decidió volver a casa.

Llevaba casi una década residiendo en la capital del Santo Reino, bella ciudad de luz que le dio trabajo y que la enamoró. También de su gente. Se había acostumbrado a plasmar en sus pinturas a quienes pellizcaban su corazón. Su técnica realista abrumaba por la perfección y el colorido.

Abrió el balcón de su estudio, con vistas a la plaza de La Audiencia, y respiró el olor a azahar de los escasos naranjos que la embellecían. Descargó las imágenes de esa tarde mientras preparaba el lienzo con el que ultimaría su exposición.

De repente, escuchó risas y retales de conversaciones. Volvió la vista y vio que se reproducía un video. Su cámara había grabado los minutos que ocupó observando el juego de Manuel y Gonzalo, la conversación con la familia y la negativa a su propuesta artística.

Con sus pinceles en la mano y sus oídos inundados en música, sus trazos hicieron el resto. Dos horas le bastaron

para tener listo el último cuadro de su exposición. Sonrió.

Anochecía cuando devolvió la llamada. Sofía respondió a la propuesta que había recibido unas horas antes. La artista aceptó exponer su obra en la calle Carrera de Jesús.

Llegó el día. Sólo uno. Ese sábado su obra fotográfica y pictórica descansaba en bancos y sobre el barandal que separa el acceso al convento de las Carmelitas Descalzas. La luz de aquella mañana otoñal se fusionó con el colorido de sus pinturas y el tono iluminado de sus fotografías, arrancando halagos de los paseantes.

-Mamá, papá, mirad, parecemos nosotros-, escuchó la artista mientras cerraba la venta de dos fotografías.

Allí estaban Manuel y Gonzalo, señalando el enorme globo turquesa que inspiró el lienzo de Sofía. De espaldas, dos niños en movimiento; el verde arbolado de Los Jardinitillos y la transparencia del agua de la pequeña fuente eran el epítome del encuentro improvisado una semana atrás.

-Me despedí sabiendo que os volvería a ver,- dijo Sofía sonriendo.

-Es una maravilla ¿Está a la venta?-, preguntó la madre.

-Ha gustado mucho. Está vendido,- dijo la artista.

Sofía consiguió que su exposición 'Viviendo el casco antiguo' fuera itinerante por las plazas del barrio viejo los sábados de aquel otoño.

La de San Juan fue la última. Expuso su obra y pintó ante la mirada de quienes pasaban. Su mano izquierda sujetaba una fotografía captada del video que nunca borró. Con la diestra, su pincel terminaba uno de los óleos que más emoción le había provocado.

-¿Te podemos ayudar?-, preguntaron los hermanos.

-Qué alegría volvera veros. Lo he pintado para vosotros-, dijo Sofía, agradeciendo a la familia la parada en su exposición.

La madre desató del brazo de Manuel el globo blanco con el que había salido de casa.

-¿Te gustaría que se lo regaláramos a esta artista?- le preguntó.

Ya en manos de Sofía, la joven invitó a Manuel y Gonzalo a manchar sus manos de óleos y estamparlas. El globo quedó marcado con los mismos colores de su cuadro.

Dos regalos, uno intuido y otro improvisado, que unió a aquella familia y a Sofía para siempre.